

## EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 6 de Marzo de 1880.

### LA MARINA DE GUERRA.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.  
XIV.

La sucesión de Carlos II en el trono de España era lo que faltaba á esta para su completa ruina; ni aun siquiera le quedaba el consuelo de la esperanza; el heredero de Felipe IV, príncipe débil y enfermizo, no habia de ser más rey, teniendo el cetro en sus manos, que bajo la tutela de su madre doña Mariana de Austria. Hé aquí el retrato que de él hace el conde de Rebenac.

«Bien fuese por excesivas precauciones ó bien por imposibilidad de recibir otro alimento, solo se le dió hasta la edad de cuatro años la leche de su nodriza. Costábale trabajo andar sobre sus piés; y aun á los cinco años, su aya lo tenia ordinariamente en brazos; y cuando daba algunos pasos, se agarraba de la mano para apoyarse. Procedente de una complexión ya desgastada, casi siempre se hallaba enfermo, unas veces con accesos febriles, en términos, que los médicos desesperaban de su vida; así es que jamás pudo ocuparse seriamente de los negocios públicos. A los treinta años creyó hacer un gran esfuerzo leyendo la historia por espacio de una hora cada día; y cuando el duque de Medinaceli le hablaba de los intereses del Estado, se le veía mirar á cada momento á su reloj deseando con impaciencia entregarse al descanso.

Sobre tales hombros dejó Felipe IV la gran monarquía española.

Carlos II se encontró á su vez con una nación empobrecida por el peso de los impuestos y la paralización de la industria, de la agricultura y del comercio; y una Hacienda completamente exhausta. La miseria pública llegó á tal extremo que muchas comunidades religiosas tubieron que empeñar la plata de sus Iglesias, y gentes de la clase elevada vendian á ínfimos precios alhajas y efectos de gran valor. La tercera parte de las rentas se consumian en los intereses de la deuda; y el Rey llegó á empeñar las joyas de la corona, y los magníficos lienzos que decoraban su palacio, para poder pagar las tropas destinadas á la guerra con Portugal. Tanta era la indigencia de los militares reformados que vagaban por las calles de Madrid, que movió la piedad de la condesa de Salvatierra á dejarles un legado de trescientos mil escudos.

Tal era la situación de la España al principiar el reinado de Carlos II. La guerra de Portugal que su padre le habia legado, vino á aumentar considerablemente los apuros públi-

cos; y aunque impotente el gobierno para hacer la guerra, todavia insistia en querer arrojar del nuevo reino al duque de Braganza. Para colmo de desventuras, los ejércitos de Luis XIV invaden á Flandes, á título de *derecho de devolucion* de aquellos estados á favor de su esposa, Maria Teresa, hija de Felipe IV.

Unos veinte mil hombres eran todas las tropas disponibles que por entonces habia en la península; y los regimientos no se completaban sino cuando el Rey habia de revistarlos en Madrid. Para ello se recogian por medio de levás los hombres ociosos y los mendigos, sin reparar en la edad ni en la talla, de lo que sucedia juntarse al lado de uno de sesenta años, un adolescente de diez y ocho, ó un púber de trece; se les daban por todo uniforme unos zapatos y una casaca y para su manutencion dos reales diarios.

Del mismo modo la marina resentíase de falta de hombres de mar para dotar los pocos buques que habian podido escapar al azar de la suerte y de las tormentas; de aquí que tuviera que recurrirse al extranjero para las más urgentes necesidades. Los astilleros ya muchos años que no daban buques, ni se carenaban los existentes; ni el gobierno se ocupaba para nada del fomento de este poder flotante. Esto hizo decir al conde de Castriño, presidente del Consejo de Castilla, que era preciso renunciar al sostenimiento de toda marina. He aquí lo que dijo á la Reina al presentarle la dimision de su elevado cargo.

«Mi edad, mis débiles fuerzas y el cúmulo de negocios embarazosos, me obligan á renunciar en manos de V. M. los cargos que me están cometidos, por que veo que el gobierno de la monarquía es muy diferente de lo que deberia ser. Los reyes de España han establecido consejos á fin de tener ministros que fijasen la vista sobre los reinos, que buscasen sujetos de mérito para ocupar los cargos, y que representasen los servicios que habian prestado, y las razones en que se fundasen las propuestas para que el rey los nombrara en los empleos. Nada de esto se hace en el dia: la reina puede consultar á quien gobierna su conciencia, é informarse de él, sin hablar al consejo, y mandar de su propia autoridad á las secretarías que sed en los puestos á los que ha elegido. La España seria feliz sinó hubiese otros males que reformar; pero todos los ministros principales convienen en que nada bueno puede esperarse de semejante gobierno, y en que la monarquía corre á un fin ruinoso. Grande dolor me causa el ver que llega esta desgracia durante la regencia de V. M.»

Por estas palabras del Conde de

Castriño puede juzgarse como andaria el gobierno del Estado en manos de una muger de más carácter que habilidad, más orgullosa que política, y de su primer ministro y consejero público el P. Nithard.

La presencia del conde Schomberg á las puertas de Figueras con un numeroso ejército francés dejó como anonadada á la corte, sin saber que camino tomar en tan criticas circunstancias; en todo se pensó ménos en procurar socorro que mandar á Cataluña; y la defensa de aquella rica provincia corrió de cuenta de los *miqueletes*.

A poco estalla la insurreccion de Mesina, al grito de *viva la Francia*, y entonces es cuando se empezó á pensar seriamente en acudir á atajar el fuego de la rebelion que amenazaba envolver á toda Italia. A costa de grandes sacrificios, y al cabo de un año, pudo presentarse delante de aquel puerto D. Melchor de la Cueva con algunos buques, en su mayor parte galeras; pero tuvo que levantar el bloqueo ante la presencia de una poderosa escuadra francesa al mando de Duquesne, no sin haber antes tentado la fortuna en un obstinado y desigual combate.

¡Admirable contraste de la suerte! Cuando esto sucedia, la Francia contaba ya ciento diez navios de línea, de sesenta á cien cañones, gran número de fragatas, galeras y brulotes, con catorce mil seiscientos setenta piezas de artillería y cien mil tripulantes. ¡Solo así se explica sus triunfos en lugares apartados de la metrópoli, á donde la España, no podia mandar, ni un buque, ni un soldado!

Por eso vémosla recurrir de nuevo á buscar extraño auxilio, que en esta ocasion lo halló entre los holandeses, y tan generoso y espléndido, cual nunca podia esperar de una nación que acababa de sacudir el peso de nuestra dominacion. El príncipe de Orange envióle veinticuatro navios y cuatro bergantines al mando de Ruyter, el marino más hábil de su tiempo, con órdenes de ponerse á las de los españoles. De nuestra parte solo pudieron unirsele nueve galeras armadas de pequeños cañones y pedreros. Con todas estas fuerzas se presentó el almirante holandés delante de Mesina, al mismo tiempo que Duquesne salia de Tolon con veinte navios y seis brulotes. Ambas escuadras vinieron á encontrarse á la altura de las islas Lipari el dia siete de Enero de mil seiscientos setenta y seis, serian como las diez de la mañana, á cuya hora se rompió el fuego por una y otra parte. A poco un viento duro del Oeste forzó á nuestras galeras, á buscar refugio detrás de una de aquellas islas, viéndose por esta causa condenadas al papel de es-

pectadoras en lo más récío de la pelea. Sin embargo; amainado un tanto el viento, aun pudieron llegar á tiempo de cruzar sus balas con las del enemigo, y prestar sus auxilios á los holandeses romolcando sus navios desmantelados. La noche puso fin al combate, sin haberse declarado la victoria por ninguno de los contendientes. Unos y otros sufrieron grandes destrozos; la sangre derramóse en abundancia, para el campo quedó sin dueños ambas escuadras se retiraron á repararse para volver á la lucha.

Ruyter recibió algunos refuerzos de Holanda; y España, mediante un nuevo sacrificio pudo enviarle algunos otros, aunque escasos, con don Francisco Freire de la Cerda.

Una segunda batalla, más larga, y mucho más encarnizada que la primera, se dió á la vista del Etna. Aquí el almirante español se metió denodadamente con sus buques allí donde más imponente se oia rugir el combate; y hay quien asegura que algunos de sus oficiales hubieron de decir *si el poder de Dios puede adquirirse, con la espada, bien pronto lo adquiriremos nosotros*.

Tampoco en esta lance se llegó á un resultado definitivo, por que aliados y franceses se diañaron cada cual á airos de victoriosos; pero la verdad es, que herido mortalmente Ruyter, los holandeses experimentaron la más irreparable de las pérdidas, que bien pronto comenzaron á sentir. Duquesne y Vivonne, con nuevos refuerzos que recibieron de Marsella y de Tolon, y aprovechándose del descuido de los aliados, se vinieron sobre ellos en el puerto de Palermo, á donde se habian retirado para repararse de sus desastres. La acometida fué tan de improviso, que apenas si tuvieron tiempo para aprestarse á la defensa. Los franceses se sirvieron de los brulotes, con los cuales consiguieron llevar el incendio, el desconcierto y la muerte á las escuadras enemigas, así como la destruccion á los edificios que rodeaban el puerto, victimas tambien de tan espantosa catástrofe. De los navios holandeses y cuatro brulotes, y seis galeras españolas quedaron en pavesas, con pérdida de setecientos cañones; pero lo más doloroso de este acontecimiento fueron las pérdidas personales: á más de cinco mil hombres se hace subir la cifra de los que perecieron entre las llamas.

El tratado de Nimega valladar fué en el camino de tantas desdichas; pero no tardó Luis XIV en romperlo metiéndose traidoramente en Flandes, lo cual trajo de parte de la España una nueva declaración de guerra, que habia de ser inmensamente más desastrosa que la anterior. Nuestra nación entraba en esta arrastra-